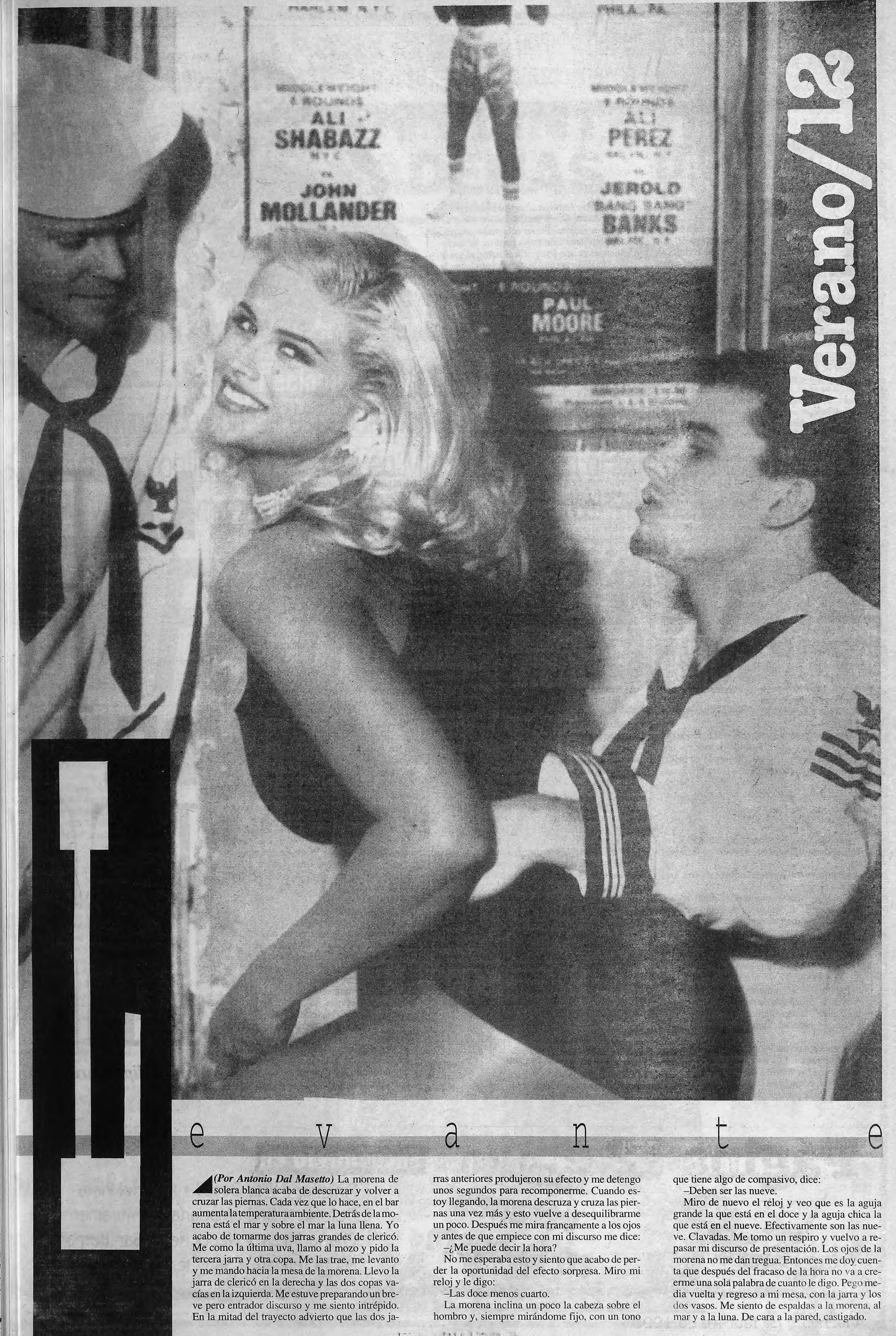


Verano/12

L e v a n t e

(Por Antonio Dal Masetto) La morena de solera blanca acaba de descruzar y volver a cruzar las piernas. Cada vez que lo hace, en el bar aumenta la temperatura ambiente. Detrás de la morena está el mar y sobre el mar la luna llena. Yo acabo de tomarme dos jarras grandes de clericó. Me como la última uva, llamo al mozo y pido la tercera jarra y otra copa. Me las trae, me levanto y me mando hacia la mesa de la morena. Llevo la jarra de clericó en la derecha y las dos copas vacías en la izquierda. Me estuve preparando un breve pero entrador discurso y me siento intrépido. En la mitad del trayecto advierto que las dos jarras anteriores produjeron su efecto y me detengo unos segundos para recomponerme. Cuando estoy llegando, la morena descruza y cruza las piernas una vez más y esto vuelve a desequilibrarme un poco. Después me mira francamente a los ojos y antes de que empiece con mi discurso me dice:

–¿Me puede decir la hora?

No me esperaba esto y siento que acabo de perder la oportunidad del efecto sorpresa. Miro mi reloj y le digo:

–Las doce menos cuarto.

La morena inclina un poco la cabeza sobre el hombro y, siempre mirándome fijo, con un tono que tiene algo de compasivo, dice:

–Deben ser las nueve.

Miro de nuevo el reloj y veo que es la aguja grande la que está en el doce y la aguja chica la que está en el nueve. Efectivamente son las nueve. Clavadas. Me tomo un respiro y vuelvo a repasar mi discurso de presentación. Los ojos de la morena no me dan tregua. Entonces me doy cuenta que después del fracaso de la hora no va a creerme una sola palabra de cuanto le digo. Pego media vuelta y regreso a mi mesa, con la jarra y los dos vasos. Me siento de espaldas a la morena, al mar y a la luna. De cara a la pared, castigado.

VISITAS

La nota –mal escrita a mano– está extrañamente torcida sobre el espejo del ascensor. Tiene algo de mensaje clavado con cuchillo sobre una antigua puerta de madera. Pero sólo dice que esta noche a partir de las 21 no deberá arrojarse absolutamente nada.

Estoy abriendo la puerta de mi departamento cuando me detengo. Recuerdo haberla cerrado con dos vueltas y sin embargo... Debe haber sido el hombre de la inmobiliaria que vino a mostrar el departamento.

Entro. En el contestador hay diez llamadas. Nada en las primeras nueve. En la décima se escucha un silencio y después un sonido extraño, como el lejano canto de una ballena. Vuelvo a escucharlo una y otra vez, y termino creyendo que son muchas personas orando en voz baja.

Suena el timbre. Pregunto quién es por el portero eléctrico. Nosotros, contesta una voz que no ha salido del tubo. Creo haberla escuchado detrás de la puerta de servicio. Me doy vuelta. "Nosotros", dicen. Entreabro la puerta; un pie aparece por abajo, una mano a la altura de mis ojos y una cabeza dice "Buenas noches" mientras empuja, y otras personas, una, dos, tres personas entran. La anciana me dice "No cierre". Desde el ascensor llegan dos más. Creo saber de qué se trata. Es una familia entera; los abuelos, el padre, la madre y la hija a punto de independizarse. Se los pregunto. La abuela me dice "¿El living?", el resto sale detrás de ella.

La abuela pregunta "¿Esta ventana da hacia la avenida?". Todos ellos giran hacia la ventana dándome la espalda. Están vestidos de negro y permanecen quietos por mucho tiempo, parados en el centro del living. Afuera es de noche y ellos miran el farol de la calle. Yo miro los distintos tamaños y alturas, sus ropas levemente venidas a menos –esto parece haber ocurrido sólo hace muy poco–. La anciana gira apenas la cabeza hacia atrás.

–Usted vive solo –dice, y prende un cigarrillo.

Siempre me impresionan las abuelas que fuman. –Cree que puede bastarse de esta manera –agrega. Las cinco espaldas quietas y calladas; pienso en cinco pájaros negros sobre una rama.

El que se mueve ahora es el señor, el padre, que sin darse vuelta señala hacia atrás con el pulgar.

–Aquél es el comedor –dice.

–Sí.

El pulgar pasa adelante y ahora el índice señala la mesa redonda que hay junto a la ventana.

–Entonces usted juega al póker en esta mesa.

Compulsivamente digo que sí. Quiero retractarme –lo que dije no es cierto– pero siempre he creído que en estos casos conviene callarse.

Nadie dice nada.

La hija rompe a reír. Es como una risa aguda salida de bajo del agua.

–No debieras –dice la anciana–. En tu estado, no debieras.

El comentario no parece un reto. Los hombros de la nieta dejan de sacudirse. "Está comprometida", agrega. Parece no dirigirse a mí. O a nadie en especial. Tampoco es una explicación.

El anciano revisa los portarretratos que hay en la biblioteca. Los levanta, los mira por un momento y los vuelve a dejar en idéntica posición. Parece conocer a las personas de las fotografías. No sé por qué siento cierto orgullo por esas personas, como un amor que tiene ahora la oportunidad de ser mostrado.

Las tres mujeres llevan sobretodos negros; los dos hombres usan trajes oscuros. El anciano le muestra una fotografía al señor; al señor parece gustarle porque la saca del armazón, la da vuelta y lee.

–Estuvo con nosotros –dice después.

Yo me inclino hacia adelante preguntando con el gesto si es a mí a quien habla.

–Estuvo con nosotros –vuelve a decir mirándome.

–No le entiendo.

–Alto Verde; este año, este verano.

–Disculpe, pero...

–Usted sabe muy bien a qué me refiero –dice levantando el tono de voz. El anciano le toca el brazo con suavidad; el padre se sorprende y luego, más distendido, dice:

–Hermoso lugar.

–Hermoso, sí.

–¿Y las habitaciones? –pregunta la abuela mientras gira y se acerca hacia mí. Su cabeza circunscripta por un pañuelo negro, el largo cigarrillo colgando de la boca; todo su aspecto produce el respeto que otorgan los años y la fealdad. Pasa de largo y en pocos instantes los cinco ya no están más en el living sino caminando en silencio por todo el departamento. Trato de seguirlos pero me resulta imposible.

En el inodoro encuentro el filtro de un cigarrillo. Este detalle me molesta y me dirijo a la cocina esperando encontrar allí a la responsable. Pero no es a ella a quien encuentro sino a la joven que acaba de comer algo y ahora, mientras me sonríe, lava el plato con extremo cuidado. Después lava otros platos que yo había dejado del desayuno. "Le traje algo", dice en voz baja. Revuelve en el bolsillo del sobretodo y cuando está por sacar la mano aparece la madre que se apura en acercarse a su hija, obstruye el bolsillo con suavidad y la conduce despacio hacia el comedor.

Algo ha caído sobre el piso; me arrodillo; son unas pocas lentejas. Las miro con la misma impresión con que un explorador miraría un puñado de pepitas de oro. Las guardo en mi bolsillo y me quedo pensando en la chica. Recuerdo una muñeca de trapo de mi hermana, una muñeca que tenía el cuello flojo. Recuerdo lo linda que era y la tristeza que me producía su cabeza demasiado suelta. Escucho voces discutiendo y una puerta que se cierra con violencia. Me acerco a una de las habitaciones; creo reconocer las voces del padre y de la madre tratando de contener sus gritos.

–No es justo y es intolerable –dice ella.

–No lo es y sabes que es lo correcto.

–Deberías tener un poco de compasión por tu propia...

–Es él el que debería tenerla –interrumpe el padre casi ahogándose. La violencia se incrementa. Una mezcla de vergüenza ajena y temor me obligan a refugiarme en el baño. Cierro con llave y me recuesto sobre la puerta. Mis ojos tardan en acostumbrarse a la oscuridad. Me vienen a la cabeza mis propias discusiones con mi antigua esposa. El pulso acelerado y la ansiedad en el pecho. Trato de calmarme y me siento sobre la tapa del inodoro pero enseguida me sorprende un par de rodillas en donde suponía estaba la tapa cerrada. Salto hacia adelante y me doy vuelta. No veo nada.

–¿Quién es? –preguntan.

Reconozco la voz del anciano.

–¿Es usted?

–Soy yo –dice con calma.

–¿Qué hace acá?

–Dormía. –Después parece acomodarse sobre la tapa:– esas discusiones me aburren indeciblement[illegible], ¿[illegible]?

–¿Puedo saber qué desean, quiero decir, en qué puedo servirles?

El permanece en silencio y supongo que quieto.

–Si no fuera porque no veo su cara creería en la ingenuidad de su pregunta –dice–. Después parece levantarse. Prende la luz; mis ojos tardan en acostumbrarse: está erguido ante mí en toda su estatura y se me ocurre pensar que si la dignidad fuera un edificio en ruinas él sería una columna trunca pero aún noble.

–No crea que no comprendo su situación –dice–. Pero tampoco crea que ahora no estoy viéndole la cara.

Mira hacia un costado y parece pensar.

–Supongo que yo me comportaría de la misma manera. –Acto seguido se pone el sombrero y cuando está saliendo dice: –Esto, entre usted y yo.

Vuelvo a escuchar la discusión. La madre abre la puerta del dormitorio con violencia; apenas me ve, se detiene, cambia la expresión de su cara y dice:

–Venga. Nos llama la abuela.

Me toma del brazo; detrás de nosotros sale el padre; caminamos por el pasillo hacia el living y yo siento como el paso y el inicio de una ceremonia. Me acomodo en el sillón junto a ella que coloca una mano sobre mi rodilla. La anciana está sentada frente a nosotros y su esposo está parado detrás mirándome con una sonrisa indulgente. Nos quedamos callados.

–Puede devolvérnoslas –dice la abuela después de un rato.

–¿Perdón?

–Puede devolvérnoslas.

La mano de la madre se desliza por mi pierna y se mete en el bolsillo de mi pantalón. Saca el puñado de lentejas; ahora todos me miran. El padre abre la boca pero ante una mirada de la anciana se recompone. La madre vuelve a poner su mano sobre mi rodilla y la palmea suavemente. Se incorpora un poco:

–Ella está afiebrada, no sabe lo que hace. Se apura, no mantiene las formas –dice–. Pero es normal, en su estado todo es normal. Usted sabrá comprenderla.

–Usted deberá comprenderla –dice el padre que ha hecho todo lo posible por contenerse.

Yo murmuro algo e intento levantarme pero el bastón que empuña la abuela me apunta con tanta precisión que mi espalda vuelve a apoyar-

LA FO

DEL BESO

Por Felipe Cura





RMA

...ntos de Felipe Cura (Junín, ...) ...roducen la feliz angustia del ...ierto, la sensación de no saber a dónde nos dirigimos pero, aun así, se continúa avanzando. Ganador del Premio Valle-Inclán de cuento (Bilbao, 1994) y del segundo premio Julio Cortázar en la categoría de "libro inédito"; Cura terminó un libro de poesía *–La noche dentro–*, uno de cuentos *–La forma del beso*, de donde salen estas dos ficciones– y una novela titulada *Ingres*. Los tres están disponibles. En la actualidad, estudia en ...cado por la Fundación Utó... la ciudad de Ferrara.

se sobre el respaldo.

Me siento muy cansado; en cierto modo agradezco estar sentado sobre este sillón con una mano ajena palmeándome la rodilla. –No debería insistir –dice el anciano con una simpatía de años–. Estamos viéndole la cara.

Los miro en torno a mí y pienso en cuatro pájaros negros posados en las ramas.

–¿Dónde está ella? –pregunto finalmente.

–En el cuarto. –La abuela señala el lugar con el bastón. Me paro pensando que de todas formas es un alivio pararme. Cruzo el living. Detrás mío oigo que la madre rompe a llorar, y poco después, el susurro de las ropas al levantarse y emprolijarse. La puerta de entrada se abre mientras yo sigo caminando por el pasillo como si caminara cuesta arriba.

Está tendida sobre la cama con la cabeza hacia un costado y las manos sobre el vientre. Sus ojos miran al vacío. Al verme trata de incorporarse pero su cuello parece haber perdido fuerza.

–Te traje algo –dice a media voz.

Escarba débilmente en el bolsillo y me muestra su mano abierta.

Las lentejas ruedan sobre la sábana.

La noche en las ventanas

Acaba de alargar la mano y no hay un dedo que apunta –uno esperaría el índice– sino los cinco dedos a la vez, relajados, señalando el retrato sobre un atril que, en realidad, no es más que una escalerita plegable donde nadie sabría decir cómo se acomodan la tela y el bastidor, el frasco con trementina, innumerables pinceles erguidos fuera del frasco como otra mano que estuviera señalando algo. Ahora mira el color de los ojos que acaba de terminar.

–Fue una bendición en mi vida –dice, y vuelve a pasar el pincel por la paleta.

–No sabía que fueran verdes.

–No. No lo eran.

–Pero entonces, estos ojos...

–Sería imposible pintar sus ojos –dice cortante.

Temo que se calle para siempre. Así lo hace. Me siento frente a su mesa de trabajo. En el centro del desorden, el cabo de una vela encendida. Las gotas deslizándose hacia la madera, y mi voz, afuera, preguntando una vez más.

Supongo que no me ha escuchado.

–Nada de lo que pueda explicarle será de importancia –dice después–. Además, qué quiere que le diga, qué espera que le diga. Fue una bendición en mi vida, cosa que todo el mundo sabe –me mira–. Una bendición en mi vida, ¿entiende?

Raspa el pincel contra el lienzo. Por fin digo, murmuro:

–Me hubiera gustado conocerla.

El deja de pintar.

–A ella también le hubiera gustado –dice. Yo veo cada uno de sus pensamientos. Son como las gotas, parten desde la llama pero terminan endureciéndose; cada gota escribe una línea que no puede leerse. Le pregunto si podemos tutearnos. Pero enseguida mis ojos se deslizan hacia los pinceles. Le pregunto si hay café. Se levanta, luego trae dos tazas.

Yo preferiría callarme. Pero me escucho preguntar qué hizo desde que ella murió.

–¿Que qué hice? Pintar.

Ni siquiera me decepciona; qué otra cosa podría haber dicho. Quizá debería haber agregado pintarla. Quizá yo debería agregarle el la, y animarme a seguir preguntando a costa de todo, preguntar hasta que este diálogo de sordos, de telegrafistas, finalmente se quiebre en mil pedazos con los que tal vez podamos hacer algo.

O no, quizá no se rompa, quizá sólo sea necesario insistir.

–Yo he buscado –digo–. Desde que ella murió he buscado.

–No sea solemne. –¿Solemne? ¿Qué quiere decir?

–Ella murió cuando usted nació –dice abruptamente.

Siento como si me agarraran los riñones desde adentro. El roce de una mano helada en las vísceras.

–Siempre olvido el azúcar –dice luego de un largo silencio. Me pregunta si quiero. Contesto que sí. Trae azúcar y una cucharita. Yo la tomo, y revuelvo, y sigo revolviendo hasta que quedo encerrado en el tintineo del metal contra la loza.

–He buscado –vuelvo a decir–. Todo este tiempo he...

–Nunca supe –dice.

–¿Nunca supo?

Se da vuelta y me mira a los ojos: –Nunca quise saber.

–¿Ahora tampoco?

–No. Ahora tampoco.

–¿Entonces por qué me abrió?

–Yo no le abrí. Fue usted el que entró.

–Podría haberme echado. Incluso ahora está a tiempo de echarme.

–¿Qué haría usted en mi lugar? Eso me pregunto –dice sin mirarme, aparentando hablar consigo mismo.

–En principio, hubiera querido saber.

–¿Está seguro? ¿Quién es usted para juzgar, para juzgarme?

–Dicen que soy su hijo –digo, esperando callarlo pero él no escucha; sigue hablando, casi gritando:

–¿Acaso hay alguien que pueda juzgarme? Está bien, me tiene frente a usted, ¿qué quiere saber? ¿Por qué lo dejé? Es fácil: hablamos de dos mujeres distintas. Hablamos de mi mujer, la mujer que yo quise, y hablamos de otra mujer, la mujer que usted seguramente hubiera querido. Son la misma persona pero para mí nunca fueron la misma mujer ¿Lo entiende ahora? No. No es fácil entender como tampoco es fácil de decir. Desde un principio, yo no quise tenerlo. Créame: no quiero acusarlo de nada, no resiento absolutamente nada. Usted nació y ella murió. Y yo con ella. Es todo lo que sé. Es todo lo que importa saber. ¿Qué sentido tenía que yo lo reconociera, que yo lo criara en el amor y en el respeto y en la vida si yo había muerto? Muerto, ¿entiende? ¿O acaso no se ha dado cuenta de que estoy muerto?– Se calla. Respira agitado:

–¿Ve este retrato? ¿Sabe qué número de retrato es? –Toma el pincel que había dejado, casi lo empuña y empieza a garabatear unos números en el lienzo, como un loco, como un mono, manchando y garabateando unos números que han perdido toda forma.

–¿Quiere saber cómo era ella? Se los regalo todos –dice.

Ha dejado de manchar el retrato y se queda quieto, mirando el piso.

–Nada. No quiero nada.

–Eso no es verdad –dice.

–Por qué no se tranquiliza.

–Estoy tranquilo.

–Empiezo a creer que usted es un cínico.

–El cinismo no nos está reservado.

–¿Y usted quiere que yo le crea esto? ¿Usted quiere que yo le crea toda su enfermedad y que diga sí, mi padre está muerto; lo conozco pero está muerto; es un buen hombre que juega al monje del amor eterno, un pintor que dice vivir muerto?

Por primera vez lo miro a los ojos de una manera que él no comprende. Pero no siento ni el más mínimo triunfo.

–¿Cree que yo vine hasta acá por usted? Es a mi madre a quien busco. Me pregunta qué quiero saber. ¿Qué querría saber usted de su madre? Muchas cosas. Para empezar: cómo era el color de su pelo, cómo era su risa, qué edad...

–Usted está preguntando por su madre –interrumpe.

–Sí ¿y entonces? –Yo no conocí, nunca conocí a su madre. Hablamos de dos mujeres distintas, le repito.

Se produce un silencio de años. El azul inmóvil, sobre el amarillo. Finalmente, empiezan a oírse pasos en otra parte de la casa; yo quisiera que estuvieran viniendo hacia este lugar.

Una criada golpea con los nudillos a la vez que entra; trae una pequeña caja de madera con una cerradura dorada. Se detiene, me dice "Buenas tardes" y enseguida lo mira a él:

–Lo que pidió –dice apenas adelantando al caja.

El gira en el taburete; me señala con el mentón. El pincel recomienza su trabajo sobre el lienzo.

Yo miro la caja en mis manos. La miro por un rato y empiezo a saber lo que hay dentro; en el mejor de los casos, papeles amarillentos y fotografías con los bordes doblados; pedazos de historias para un rompecabezas que siempre será como esa mancha oscura que él pinta eternamente.

La hago girar con suavidad.

–Puede llevársela –digo con voz apagada.

El vuelve su cara hacia mí. Me mira como si estuviera fijando su vista en un punto que fuera a pintar.

La mujer toma la caja y desaparece detrás de la puerta.

La noche comienza a resbalar en las ventanas. En el vidrio acaban de ponerse los primeros reflejos.

–Me llevo éste –digo, y señalo el retrato sobre el atril. El de los números.

Se publica aquí por gentileza del autor.

LA LUCHA CONTINUA



Resumen: *El narrador, Pirovano, es un ex arquero que usa un guante de guardavalla en su mano izquierda mutilada para ocultar un terminal electrónico, símbolo de su doble vida aventurera. Por la cúpula secreta de su edificio se comunica con el Buenos Aires subterráneo por el que se mueve y emerge como Catcher, agente de Magia. Ahora persigue al nefasto "Paredón", también Norberto Pandolfi en el ambiente de los gym.*



23 LACANA & CIA.

Catcher condujo el Mercedes parsimoniosamente sin descuidar el espejo retrovisor para controlar los posibles movimientos a sus espaldas; después giró dos veces, completando la media manzana, y estacionó del otro lado de la Biblioteca Nacional. Se bajó, atravesó el parque, subió las escaleras, cruzó la explanada de entrada y se asomó por el extremo opuesto. Apenas veinte metros antes de donde había estacionado anteriormente. Desde allí, sentado en el reborde de cemento y bajo los árboles, controlaba la entrada del negocio por el que había pasado con vigoroso pie y guante blanco.

Aparentemente nada había pasado, nada había cambiado. Pudo observar con detenimiento el edificio. Ocho pisos de departamentos con un único local en planta baja. La moderna ferretería tenía su rótulo en el amplio cristal: ARNOLD Body Building, más un grosero logotipo en que las iniciales dibujaban el medio cuerpo de espaldas de un perfilado Schwartzenegger: la A era el triángulo de la espalda con vértice en la nuca; las B, sendos bíceps (el izquierdo, invertido). Un asco semiológico.

El único detalle singular era el tamaño de la antena parabólica que en el techo del edificio parecía dispuesta a abarajar cualquier cosa que el cielo le tirara. Era grande, muy grande, y ocupaba la terraza junto con otro par de antenas convencionales o menos aparatosas, pero incluso más altas que ella.

No era fácil –tal vez era imposible– ver a qué sector del edificio remitía semejante cablerío; sin embargo, Catcher tenía ideas propias, obvias y redondas que estaba dispuesto a suponer exactas.

Esperó diez minutos. No salieron Roque ni la chica; hubo potenciales clientes que miraron y siguieron. No pasaba nada. Pero a los once minutos llegó un taxi y bajaron dos tipos apurados y uno lento y flexible: Bowie.

Los tipos y Bowie entraron a Arnold Body Building sin mirar la vidriera. No iban a comprar nada.

Catcher salió disparado más rápido que el taxi que los dejó. Atravesó la plaza, se subió al Mercedes y en dos minutos volvía a dar la vuelta manzana, colocaba el auto apenas unos metros antes que la vez anterior, en la vereda opuesta y fuera de la visión desde adentro del local. Se bajó y cerró.

Los tres no tardaron en salir. Después la chica también se asomó, mustia y apenas, como la muñequita del mal tiempo de una casita con barómetro. –Pero... Aquel es el auto del loco ese... –alcanzó a decir antes de meterse adentro espantada por el cambio de clima.

Veloces, Bowie y los tipos se separaron de un salto, como si un par de palomas hubieran cagado al vuelo en medio de la vereda.

–Cuidado: uno de cada lado.

Uno cruzó la calle a la carrera con el arma en mano y desde la otra vereda gritó:

–Acá no está.

Bowie barría con la mirada todos los recovecos de enfrente y manejaba al par con golpes de cabeza.

El otro esperó que pasaran dos autos y cruzó directamente hacia el Mercedes. Se agazapó pegado a la rueda y, despacio, primero miró debajo del auto y después se asomó al interior. Adelante, vacío; atrás, repleto de fierros.

Hizo señas al jefe meneando la cabeza: no estaba ahí.

–No abras, no toques nada –dijo Bowie.

Pero ya el otro se acercaba a la carrera y tanteaba una puerta, la otra, y encontraba la tapa del baúl apenas apoyada:

–¡No! –grito Bowie que se la veía venir.

Pero fue tarde.

El tipo intentó abrir y sintió una cierta resistencia.

–¡No lo abras, boludo! –insistió el jefe buscando dónde protegerse mientras el que estaba agazapado volvía junto a él a la carrera.

Pero el otro ya estaba jugado e insistió. Y la tapa cedió.

Pero no hubo estallido. Fue peor: al abrir los ojos Bowie pudo ver cómo su hombre era encañonado primero y luego arrastrado dentro del baúl por el tirón vigoroso de dos manos enguantadas que emergían de bajo la tapa.

–Tirale –dijo el jefe.

–¡No tiren! –dijo el atrapado.

Pero hubo un golpe seco, pasaron dos autos por la calle y al instante Catcher estaba afuera y el otro adentro.

–Tirale –se obstinó Bowie.

Mientras una combi se interponía al pasar, se ligaba un balazo desconfiado, Catcher echó el brazo hacia atrás y arrojó, bombeado y en parábola a través de la calle, algo que voló hacia Bowie y el otro, los espantó, los sobró, y reventó la vidriera de Arnold Body Building.

La pesa de dos kilos quedó quietita entre los vidrios sobre la moquette azul.

Cuando el Mercedes dobló en la esquina, ya los tiros no valían la pena, se juntaba gente y no tardarían en empezar a sonar las sirenas.

Catcher condujo por Libertador hasta la General Paz y subió. Enfiló en dirección al Riachuelo y al llegar a Liniers bajó por Rivadavia hasta el once mil, dobló en una trasversal que se cortaba con las vías y estacionó.

Usó el Movicom para comunicarse con Lacana. Dejó el mensaje codificado completo en el contestador –dirección, vehículo, "material" y hora y lugar de devolución– y esperó. Cuando le dieron en vivo el escueto "okey Pirovano" dejó el Mercedes cerrado y sin freno de mano y se fue a tomar un café a la esquina.

Mientras esperaba sonó el beeper con los mensajes de Mupi: otra vez Zambrano –que volvía dejar ristra de teléfonos–, otra vez Dolores, otra vez Roperito, y Gatti, urgente.

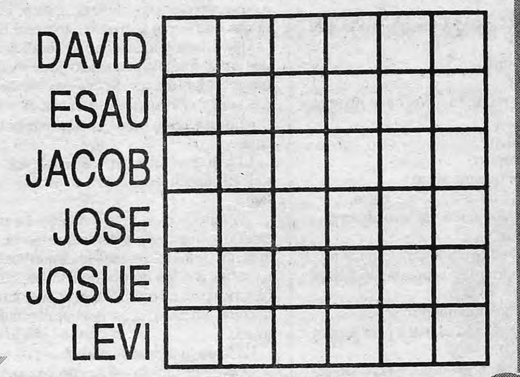
Tomó dos cafés más hasta que vio llegar el auxilio de Lacana & Cía. Asistió desde lejos a la operación de remolque y cuando se perdieron por Rivadavia hacia el Este buscó al punto de Emergencia más cercano.

Mañana: 24, Soul Building.

Juegos

¿ANAGRAMA O SINONIMO?

Anote en cada línea horizontal la palabra correspondiente, de modo que no queden letras repetidas en las líneas verticales.

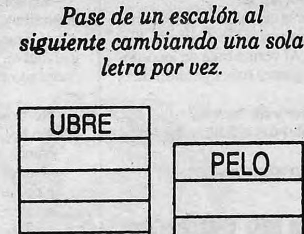


Acomodo

DAVID ■ ESAU ■ JACOB ■ JOSE ■ JOSUE ■ LEVI

ESCALERAS

Pase de un escalón al siguiente cambiando una sola letra por vez.

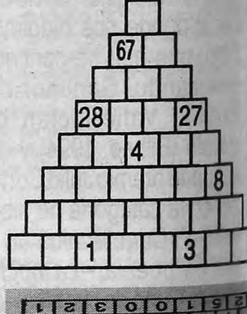


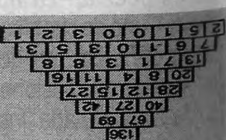
Escaleras

A. Ubre, abre, aire, vire, vare, vara, vaca. B. Pelo, palo, pala, cala, cana.

PIRAMIDES NUMERICAS

Complete las pirámides colocando un número de una cifra en cada casilla de modo tal que cada casilla obtenga la suma de los dos números de las casillas inferiores. Como datos se dan, en cada caso, algunos números ya indicados.





CORRESPONDENCIAS

Señale las relaciones correctas sabiendo que si, por ejemplo, a la opción 1 le corresponde la C, esta relación no se repite en el resto del juego.

Cine alemán

1. "París, Texas" — A. Wim Wenders
2. "Fitzcarraldo" — B. Margaret von Trotta
3. "Lili Marlene" — C. Werner Herzog
4. "Las hermanas..." — D. R. W. Fassbinder

Músicos

1. Joaquín Rodrigo — A. "Fausto criollo"
2. A. Ginastera — B. "El amor brujo"
3. I. Albéniz — C. "Concierto de Aranjuez"
4. Manuel de Falla — D. "Iberia"

Pintores americanos

1. Diego Rivero — A. Uruguayo
2. Fernando Bottero — B. Colombiano
3. Emilio Petorutti — C. Argentino
4. Pedro Fígari — D. Mexicano

Unidad monetaria

1. Israel — A. Balboa
2. Eslovenia — B. Shekel
3. Panamá — C. Tugrik
4. Mongolia — D. Tólar

Correspondencias

Cine alemán: 1-A, 2-C, 3-D, 4-B. Pintores americanos: 1-D, 2-B, 3-C, 4-A. Músicos: 1-C, 2-A, 3-B, 4-D. Unidad monetaria: 1-B, 2-D, 3-A, 4-C.